

**Alberte MARTÍNEZ (dir.), Elvira LINDOSO y Jesús MIRÁS, *ENGASA. Un grupo pionero no sector enerxético galego 1982-2007*, ENGASA, A Coruña, 2008, 191 pp.**

Como ya hace más de 10 años demostró Joseán Garrués, en el sector eléctrico español han convivido desde siempre dos tipos de sistemas eléctricos integrados. En un nivel, las empresas que nacieron con vocación de constituirse en la cabecera de los mercados regionales y que consagraron el reparto del territorio español, mal que bien, poco antes de la guerra civil, con ocasión de los acuerdos de Saltos del Duero. En otro, diseminados y atomizados, los sistemas eléctricos periféricos, que lograron sostenerse y sobrevivir con holgura allí donde la escasa densidad de consumidores se sumó a condiciones excepcionalmente favorables para la producción de hidroelectricidad. Esta circunstancia explica la pervivencia secular del núcleo de empresas gallegas que en 1981 auspiciaron la fundación de ENGASA. En su mayoría, las 16 compañías habían pasado de integrar ambos ciclos a convertirse en meras distribuidoras de FENOSA, aunque conservaran algunos saltos hidráulicos, que producían algo menos de un 5 por 100 de la energía que suministraban. Sus abonados se acercaban a los 40.000, un 13 por 100 de la población gallega, y se localizaban en el interior de las provincias de Pontevedra y Coruña, si bien algo alejadas de las zonas de mayor consumo industrial y urbano.

El cambio de paradigma que se enunciaba en la Ley de Conservación de la Energía de 1980 proclamaba la vuelta a los pequeños aprovechamientos hidráulicos, abandonados en pleno auge del uso del petróleo. Se suponía que las minicentrales amortiguarían el impacto ambiental del uso del agua para su explotación eléctrica y, lo que era aún más interesante, su explotación hasta los 5.000 KW contaría con apoyo público. Ante estas perspectivas, se funda Enerxías de Galicia S. A., a partir de algunas de las diminutas compañías gallegas que participan en la Asociación de Productores y Distribuidores de Electricidad (APYDE). Desde sus comienzos, cuentan con participación pública gallega, primero del SODIGA, un ente que nació en 1972 para favorecer el desarrollo regional, y luego la Xunta de Galicia, que mantenía aún en 2007 una participación de un 5 por 100. 25 años después, ENGASA sigue constituyendo una iniciativa diminuta. En 2004, había instalados 5.111 MW en toda Galicia. En ese año, su potencia instalada, tanto en minicentrales hidráulicas como en las eólicas –donde finalmente ha centrado sus inversiones– no alcanzaba los 44 MW, incluidos aquellos parques erigidos por empresas tan solo participadas. Si se consideran tan sólo las energías renovables, los proyectos de instalación de parques de energía eólica aprobados a ENGASA no superaban los 50 MW, cuando ya había más de 3.465 MW autorizados en toda Galicia.

¿Qué importancia reviste, pues, una empresa tan pequeña para ser historiada en sus

25 años? A mi juicio, este libro hilvana por vez primera el relato de la transformación del mercado eléctrico español en los márgenes abandonados por las grandes empresas: el apoyo público a las fuentes de energía renovables otorgó la oportunidad de entrada en los mercados de generación eléctrica a pequeñas iniciativas, en tanto restó valor a los rendimientos crecientes de escala en la generación eléctrica. Las pequeñas compañías se vieron favorecidas, además, por las mutaciones en la normativa eléctrica, favorables a la separación entre ciclos de producción y distribución desde 1997. Por último, tanto los parques eólicos como la construcción de minicentrales se vienen otorgando por el mecanismo de la autorización y los dictámenes de impacto ambiental resultaban de vital importancia para su concesión, evaluada por el propio regulador público. La pequeña empresa regional se revelaba, en apariencia, decisiva para garantizar el acceso expedito a los poderes públicos, cada vez más de ámbito autonómico y local; para desactivar la oposición de vecinos perjudicados por la ocupación de terrenos y de los grupos ecologistas; y para acceder a las subvenciones –decisivas inicialmente– o al crédito público. No obstante, sus expectativas no han se han visto del todo cumplidas, como demuestra el ejemplo de ENGASA. La diversificación de las grandes eléctricas de largo recorrido y la irrupción de los nuevos complejos tecnológico-manufactureros de la energía eólica han contribuido a acortar el vuelo de ENGASA y de otras iniciativas similares. Una vez más, en los primeros tiempos de una nueva tecnología energética, el conocimiento sobre el terreno que disponen los empresarios locales, y que tan útil es para resolver trabas institucionales, se revela inicialmente menos decisivo que el acceso directo a la casa tecnológica matriz. Véase, si no, el ejemplo de GAMESA en la propia Galicia.

Desenfundado de su envoltorio conmemorativo, éste es a mi juicio el principal valor del libro: ENGASA constituye un ejemplo revelador de un proceso que sólo acaba de comenzar, el del despliegue de las energías alternativas con apoyo de la administración. A su carácter pionero hay que añadir, por lo demás, su factura profesional, tanto en las fuentes, como en su tratamiento y en la disposición de los tramos narrativos y gráficos. Es de lamentar, no obstante, que sus partes introductorias, que dan un interesante y meritorio repaso a los problemas vigentes de estas energías y a los antecedentes del mercado eléctrico tanto en España como en Galicia, hayan quedado relegados a los apéndices finales. Por último, en los apéndices se hayan también historiadadas por lo menudo la mayoría de las empresas que dieron lugar a ENGASA y que, en mi opinión, constituyen cada una de ellas una pequeña y deliciosa narración.

ISABEL BARTOLOMÉ RODRÍGUEZ